

CONSIDERACION XX

Dichosos los que son fieles a Dios en la adversidad

El soldado demuestra su valor no en el reposo, sino en los combates. La tierra es para nosotros un campo de batalla donde cada uno está obligado a pelear y vencer para salvarse. El que no consigue la victoria está perdido para siempre. Job tenía que luchar contra millares de enemigos, pero le consolaba la idea de que saliendo vencedor y resucitando después de la muerte, mudaría de estado. San Pablo habla también de esta mudanza y manifiesta su gozo por ella (1): *Los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos mudados*. En el cielo cambiamos de condición. El cielo no es lugar de trabajo, sino de descanso, no es recinto de temores, sino de seguridad: no es morada de tristeza y de inquietud, sino de alegría y de gozos eternos. Pueda la esperanza de tales delicias darnos fuerza para pelear hasta la muerte. No nos declaremos jamás vencidos, hasta que venga el término de la batalla, hasta que *llegue nuestra mudanza*, y podamos entrar en la eternidad de la dicha.

(1) Cor. 15.

Por cierto tiempo sufrirá el que padece, mas después volverá la alegría (1). ¡Feliz el que sufre en esta vida por amor de Dios! Sufre *por algún tiempo*, pero sus gozos serán eternos en la corte celestial. Allí tendrán fin las persecuciones, las tentaciones, las enfermedades, las tribulaciones y todas las miserias de esta vida. Dios nos dará una vida llena de delicias y que no tendrá fin. Tiempo es ya de podar la viña y quitar de en medio todos los obstáculos que puedan entorpecer nuestro camino hacia la tierra prometida del cielo. Es menester conformarse: *después se nos dará en placer* lo que habremos sufrido en dolor. Dios es fiel a todos los que sufren con paciencia por su amor; les ha prometido que El mismo será su recompensa; ¿no es acaso superior a todos nuestros padecimientos? (2).

Sin embargo, antes de recibir la corona de la vida eterna, quiere Dios que seamos probados por medio de las tentaciones: *Bienaventurado el que sufre la tentación: porque después de probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman* (3). ¡Dichosos los que en la adversidad permanecen fieles a Dios! Crean algunos, que cuando todos sus negocios marchan con feliz

(1) *Eccl.* 1, 29.

(2) *Ego merces tua magna nimis. Gen.* 15, 1.

(3) *Santiago.* 1, 12.

éxito y ningún contratiempo los aflige, es señal que son amados de Dios, pero se engañan. Dios prueba la paciencia y la fidelidad de sus siervos, no por medio de la prosperidad, sino de la adversidad, para premiarlos después con aquella corona que no se marchita como las coronas que conceden los mundanos; con aquella corona de gloria y de eternidad de que habla San Pedro: *Recibiréis corona de gloria que no se puede marchitar* (1). Porque ¿a quien la tiene Dios ofrecida? *a los que le aman*: porque el amor divino nos dará valor para combatir y alcanzar la victoria.

Y no basta amar a Dios, sino que es necesario además ser humilde; porque así como el oro y la plata se prueban en el fuego, así los hombres aceptables a Dios se prueban en la fragua de la humildad (2). Las humillaciones, pues, son las que hacen a los santos; ellas son la piedra de toque en que se ensayan el oro y la plata de nuestras virtudes. Tal sujeto que es tenido por santo se turba, se contrista, se lamenta, a la más leve afrenta quiere castigar al que se la ha inferido. ¿Qué es este hombre? ¿qué señal tiene? El soberbio mira las humillaciones que recibe co-

(1) *Pet.* 5, 4.

(2) *Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines Deo receptibiles in camino humiliationis. Eccl.* 2, 5.

mo otras tantas injusticias insoportables: el humilde al contrario, juzgándose acreedor al desprecio de todos, lo sufre todo con paciente resignación. Los que han cometido pecados mortales echen una ojeada sobre el infierno, y a su aspecto llevarán con paciencia todas las injurias, todos los dolores.

Amemos pues, al Señor; seamos humildes en todas nuestras obras; y hagámoslas no para satisfacer nuestra voluntad, sino para agradar a Dios. ¡Maldito amor propio, que se mezcla en cuanto hacemos, en nuestros ejercicios piadosos, en nuestras oraciones, en nuestras penitencias, sacando partido hasta de estas santas obras! Pocas son las almas que no tengan el defecto del amor propio. ¿En dónde podrá hallarse un alma de suficiente fortaleza tan despojada de pasiones e intereses que consiga perseverar amando a Jesucristo, hasta en medio del dolor, del abatimiento, de las penas de espíritu y de los sinsabores de la vida?

¡Oh Jesús crucificado! yo soy uno de aquellos que hasta en sus oraciones encuentran medio de satisfacer su vanidad y su amor propio, tan poco de acuerdo con vos, que llevasteis una vida llena de dolores, privada de todo consuelo por amor de los hombres: concededme vuestro auxilio. En adelante no escucharé más que vuestra divina voluntad: quisiera amaros sin interés algu-

no, pero soy débil y preciso será que vos me concedáis fuerzas para cumplir con mis promesas. Me entrego del todo a vos, disponed de mi a vuestro gusto. Haced que yo os ame: es la única gracia que os pido.

Virgen María, dulce madre, alcánzadme con vuestros ruegos fidelidad y fervor.

CONSIDERACION XXI

El que ama a Jesucristo debe aborrecer al mundo

Se considera muy feliz el que ama a Jesucristo con verdadero amor, cuando es tratado, como lo fué Jesucristo, aborrecido, calumniado, insultado, perseguido y clavado en una infame cruz hasta morir consumido de fatiga y dolor.

El mundo entero se conjura contra Jesucristo y lo aborrece: Jesucristo, pues, aborrece a los que sólo sirven al mundo. El Señor infundía aliento a sus discípulos para que sufriesen sin quejarse las persecuciones del mundo, diciéndoles que habiendo renunciado al mundo no podían menos de ser aborrecidos del mundo: *Porque no sois del mundo... por eso os aborrece el mundo* (1).

Pero así como los amantes del Señor son odiados del mundo, así debe el mundo serles odioso. San Pablo decía: *Nunca permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (2). El Apóstol inspiraba tanto horror al mundo, como puede inspirarle un hombre condena-

(1) *Joan.* 15, 19.

(2) *Gal.* 6, 13.

do y ajusticiado, esto es, clavado en una cruz; y en contraposición, el mundo causaba el mismo horror al santo Apóstol: *el mundo está crucificado para mí.*

Jesucristo quiso morir en la cruz por nosotros, pecadores, para librarnos del amor a este mundo perverso (1).

Nuestro Salvador, al invitarnos a que le amemos, quiere que despreciemos las promesas del mundo, sin temer sus amenazas; quiere que hollemos bajo nuestros pies tanto los elogios como las censuras: así, pues, debemos rogar al Señor que nos haga olvidar por completo el mundo y que sus mofas e insultos nos causen alegría.

Para ser enteramente de Dios no basta abandonar el mundo, debemos desear también que el mundo nos abandone y nos olvide a nosotros. Algunos se apartan del mundo, pero buscan todavía sus aplausos, aunque recaigan éstos en celebrar la misma resolución de haberlo hecho; y como conservan todavía vivo el deseo de ser considerados por el mundo, la imagen del mundo vive todavía en ellos.

El mundo aborrece a los siervos de Dios y sus santas máximas, y por consiguiente sus buenos ejemplos; así pues debemos abo-

(1) Dedit semetipsum pro peccatis nostris, ut eriperet nos de præsentí sæculo nequam. Gal. 1, 4.

rreecer nosotros las máximas y la pernicioso-
sa conducta del mundo.

El saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto a la ley de Dios, ni puede estarla (1). El Apóstol dice *ni puede*, porque el mundo no consulta más que su interés o propio gusto, por lo cual es imposible establecer armonía entre el mundo y los que sólo tratan de agradar a Dios.

Si, Jesús mío, Jesús crucificado y muerto por mí, quiero agradaros. ¿Qué es el mundo? ¿Qué son los honores y las riquezas? Vos sois mi Redentor, vos mi solo tesoro: vuestro amor será mi riqueza. Si es vuestra voluntad que viva pobre, humillado y abatido, consiento en ello; todo lo acepto con reconocimiento como venido de vuestras manos: mi consuelo es cumplir vuestra voluntad. La sola gracia que os pido es que me concedáis el que jamás me aparte del cumplimiento de vuestra ley.

CONSIDERACION XXII

Un moribundo a su Crucifijo

Jesús, mi Redentor que vais a ser mi juez dentro de poco, tened misericordia de mí antes que llegue el terrible momento en que me habéis de juzgar. Ni la enormidad de mis culpas, ni la severidad de vuestra sentencia me intimidan ya, viéndoos muerto en esta cruz para salvarme.

Consoladme, sin embargo, en la agonía en que me encuentro: mis enemigos quieren asustarme, diciéndome que no hay salvación para mí (1); pero yo no quiero perder ni por un instante mi confianza en vuestra infinita bondad, ni cesar de exclamar con el Profeta: *Tú eres mi amparo* (2). Consoladme, decid a mi alma: *Yo soy tu salud* (3).

No se pierdan las ignominias y el dolor que habéis sufrido, ni la preciosa sangre que habéis derramado por mí. Os ruego sobre todo, por el dolor que experimentasteis cuando vuestra alma se separó de vuestro cuerpo, tengáis piedad de mi alma cuando salga del barro de que se compone el mío.

(1) Multi dicunt animæ meæ; Non est salus ipsi in Deo ejus. Ps. 3, 3.

(2) Ps. 3, 4.

(3) Ps. 34, 3.

Verdad es que a menudo os he ofendido con mis pecados, pero en este momento os amo más que a todas las cosas, más que a mí mismo: me arrepiento de todo corazón de los disgustos que os he causado con mis pecados y los detesto y abomino. Conozco que por las ofensas que os he hecho he merecido mil veces el infierno, pero la dolorosa muerte que por mí sufristeis, y las gracias sin número que me habéis concedido, me permiten esperar que al entrar en la eternidad, me daréis el beso de paz.

Lleno de confianza en vuestra bondad, oh Dios mío, me arrojo en vuestros paternales brazos. Las ofensas que os he hecho me han merecido el infierno, pero por esa sangre preciosa espero que ya me habréis perdonado y podré algún día ir a cantar en el cielo vuestras misericordias: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

De buena voluntad acepto las penas que me están preparadas en el purgatorio; justo es que el fuego purifique mis pecados. ¡Oh santa prisión! ¿Cuándo seré yo tú habitante? yo estaré sufriendo en tu seno, pero con la certidumbre de no haber perdido a mi Dios y Señor. ¡Oh sagrado fuego del purgatorio! ¿Cuándo será que purifiques mi alma de todas esas manchas y me hagas digno de atravesar el umbral del paraíso!

¡Eterno Padre! por los merecimientos de

la pasión de Jesucristo, hacedme morir en vuestra gracia y en vuestro amor para que os ame eternamente en el cielo. Os doy gracias por los beneficios que me habéis concedido durante mi vida y sobre todo por haber permitido que en estos días, los últimos de mi vida, recibiera todos los santos sacramentos.

Ya que disponéis mi muerte, quiero morir por agradaros, que poco es que yo muera por vos, ¡oh Jesús mío, si vos habéis muerto por mí! Diré con San Francisco: *Moriré por tu amor puesto que tú te dignaste morir por el mío.*

Recibo la muerte con tranquilidad: acepto con gozo todas las penas que tendré que sufrir aún, hasta el momento en que espire. Dadme fuerza para sufrirlas con resignación y con paciencia. Ofrezco estas penas para mayor gloria vuestra y las uno a las que sufristeis en vuestra pasión. Eterno Padre, os consagro el término de mi vida y todo mi ser: os pido que os dignéis aceptar este sacrificio, por los méritos de vuestro divino Hijo que se ofreció en espontánea ofrenda para la salvación del linaje humano.

Virgen María, madre de Dios, que me habéis alcanzado tantos favores del Señor durante mi vida, os doy gracias de todo corazón; no, no me abandonéis en mis últimos instantes, en los que más que nun-

ca necesito del apoyo de vuestra intercesión. Rogad a Jesús que me conceda el más sincero arrepentimiento de mis pecados y el más perfecto amor hacia El: mis remordimientos y mi amor son el único medio por el que me es dado esperar que algún día conseguiré amarle eternamente en el cielo. Virgen María, mi única esperanza, confío enteramente en vos.

CONSIDERACION XXIII

Actos de resignación en la hora de la muerte

Reveló un ángel a santa Liduvina que no conseguiría la corona gloriosa de la bienaventuranza, sino por los méritos que alcanzaría en los sufrimientos que le estaban reservados para los últimos días de su existencia. Lo mismo sucede a todas las almas santas que salen de este mundo. Es cierto que todos los actos piadosos y sobre todo los de resignación a la muerte y a todos sus dolores, son de mucho provecho, para los que mueren en gracia de Dios. Vamos, pues, a indicar los que creemos que pueden ser muy agradables a Dios en boca de un moribundo.

Dios mío, os ofrezco mi vida: pronto estoy a abandonarla en el instante que dispongáis y del modo que haya resuelto vuestra divina voluntad: *Hágase vuestra voluntad*. Dejad que repita sin cesar: *Hágase vuestra voluntad*.

Señor, Dios mío, si queréis concederme algún tiempo más de vida, bendito y alabado seáis, pero yo no consiento en vivir sino en cuanto pueda emplear la vida únicamente en amaros y agradaros. Si habéis dispuesto que muera de esta enfermedad, bendito y

alabado seáis, acepto la muerte y me someto a vuestra divina voluntad. Dejadme repetir: *Hágase vuestra voluntad*. Sólo os ruego me ayudéis en estos últimos momentos (1): *Tened piedad de mí, oh Dios, según vuestra grande misericordia*. Si disponéis que salga de este mundo, afirmo que quiero morir porque es vuestra voluntad. Quiero morir, Señor, para satisfacer, por lo menos en parte, por medio de mi agonía y dolores de muerte a vuestra divina justicia a quien he irritado tanto con mis culpas, haciéndome merecedor del infierno.

Quiero morir, para quedar privado para siempre de la posibilidad de ofenderos y desagradaros.

Quiero morir, para probaros mi reconocimiento por todos los beneficios y gracias con que me habéis colmado, a pesar de mi indignidad.

Quiero morir, para daros segura prueba de que prefiero cumplir vuestra voluntad a conservar la vida.

Quiero morir, si vos no os oponéis a ello, en este momento mismo en que creo estar en vuestra gracia. De este modo me aseguraría la felicidad de amaros y bendeciros por toda una eternidad.

Quiero sobre todo morir, para poder amaros eternamente y con todas mis fuerzas en

(1) Ps. 50, I.

el cielo, adonde confío llegar por los méritos de vuestra pasión, después de mi muerte y gozar de la gloria de veros y celebrar vuestra misericordia por toda la eternidad.

Jesús mío, vos consentisteis en morir en una cruz por mi amor; yo consiento en la muerte y en todos los sufrimientos que me esperan, por vuestro amor y entre tanto dejad que exclame con San Francisco: *Moriré, Señor, por el amor que me conduce a amaros, a vos que os dignasteis morir por el amor que os incitaba a amarme.*

Os ruego, Salvador mío, amor mío y mi único bien, me concedáis morir en vuestra gracia y en vuestro amor, por vuestras santas llagas y por vuestra dolorosa muerte. Me habéis redimido al precio de vuestra sangre: no permitáis que me pierda. *Dulcísimo Jesús, no permitáis que sea separado de vos, no lo permitáis, Señor.*

No me expulséis, de vuestra presencia: confieso que mis pecados han merecido el infierno, pero me arrepiento de ellos con amargo pesar, y pronto confío subir a los cielos a celebrar las infinitas misericordias que habéis usado conmigo: *Cantaré eternamente las misericordias del Señor.*

Yo os adoro, oh Dios mío, que me habéis creado. Creo en vos, eterna verdad, espero en vos, misericordia infinita; os amo, bondad suprema; os amo más que a todas las cosas,

os amo más que a mí mismo porque sois digno de ser así amado y porque os amo me arrepiento de todo corazón de haber despreciado vuestra santa gracia. Os prometo sufrir la muerte y mil muertes más, antes que volveros a ofender una sola vez.

¡ Oh, Jesús mío, Hijo de Dios, muerto por mí, tened piedad de mi alma. Salvador mío, salvadme y sea mi salvación amaros eternamente. Virgen María, madre de Dios, rogad a Jesús por mí. Este es el momento en que necesito más de vuestro auxilio. San José, padre mío, ayudadme. Glorioso arcángel San Miguel, libradme del demonio que tiende lazos a mi alma. Santos del paraíso, protectores y abogados míos ante el tribunal de Dios, rogad por mí.

Y vos, Jesús mío crucificado, recibid mi alma en vuestros brazos así que yo exhale el postrer aliento: recibidla en vuestros brazos, pues me recomiendo a Vos: acordaos que me habéis redimido con vuestra sangre: *Te ergo, quaesumus, famulis tuis súbveni, quos pretioso ságuine redemisti.* Jesús mío crucificado, amor mío y esperanza mía, protesto que no quiero otra cosa más que a vos y nada más. ¿Y qué pudiera yo desear en lugar de vos? ¿Qué hay en el cielo para mí, ni qué puedo yo desear en la tierra, sino a vos, Dios de mi corazón, mi herencia por toda la

eternidad? Vos, amor de mi corazón, vos sois toda mi riqueza.

Recomiendo mi alma a vuestro amor, Señor que la habéis salvado con vuestra muerte. Confiado en vuestra misericordia, me atrevo a exclamar: *En ti esperé, Señor, no me condenes para siempre.*

Virgen María, vos sois mi esperanza: también a vos dirijo la misma plegaria: *En vos esperé, Señora, no permitáis que me condene para siempre.*

CONSIDERACION XXIV

Morada de la eternidad

Ir  el hombre a la morada de su eternidad. Es un error llamar nuestra casa al lugar que habitamos: dentro de poco nuestro cuerpo no tendr  más morada que la tumba donde permanecer  hasta el día del juicio. La morada de nuestra alma será el infierno o el paraíso, según habr  merecido.

No irán nuestros cadáveres por sí mismos a la tumba, serán llevados a ella por otros; pero el alma por sí misma pasar  a la morada que habrá merecido: morada de eterno gozo o de dolor eterno. Según el bien o el mal que hace el hombre, tal será el lugar que merecerá en la casa del infierno o en la del paraíso y no hay que esperar que podamos mudar de casa.

Los que viven en la tierra cambian de habitación, sea por capricho, sea por necesidad. En la eternidad no hay ocasión para estos cambios. All  donde se han entrado por primera vez, allí se ha de habitar para siempre. El que entre en el cielo ser  dichoso para siempre, el que entre en el infierno ser  eternamente desdichado.

El que entre en el cielo estar  siempre en compañía de Dios y de los santos, siempre en paz, siempre contento, porque los elegidos están siempre rebosando un gozo

que no perderán jamás. Si los bienaventurados estuviesen en contingencia de perder el gozo de que están rodeados, dejarían de ser bienaventurados, porque el sólo temor de perderlo turbaría la paz de que gozan.

Por otra parte, los que entran en el infierno, estarán eternamente separados de Dios, devorados sin fin por la llama eterna. No penséis que los tormentos del infierno sean semejante a los que se padecen en este mundo y disminuyen con el hábito su intensidad. Así como las delicias del paraíso no causarán jamás tedio ni disgusto, sino que serán tan nuevas y tan agradables como el primer día, como se deduce del cántico eterno de los bienaventurados: *Y cantaban como un cántico nuevo* (1); del mismo modo los réprobos se sentirán eternamente devorados por el dolor que les habrá asaltado en el primer instante de su infierno.

San Agustín dice que los que creen en la eternidad y no se convierten a Dios, o han perdido la fe o el juicio (2).

Desdichado del pecador que entra en la eternidad sin haberla conocido, exclama San Cesáreo, y que ha descuidado meditar sobre ella (3). Y añade después: *¡Doblemente des-*

(1) Apoc. 14, 3.

(2) O æternitas, qui te cogitat nec pœnitet, aut fidem non habet, aut si habet; cor non habet. In Solliloq.

(3) Væ peccatoribus qui incognitam ingrediuntur æternitatem!

dichados! en primer lugar porque caen en aquel abismo de fuego, y después porque una vez que habrán entrado, no volverán a salir de él. Las puertas del infierno se abren para dar entrada a las almas de los condenados, pero no para darles salida.

No: los santos no han hecho nada excesivo para su salvación: sepultándose en los yermos, alimentándose con yerbas del campo, durmiendo sobre duras piedras, no han hecho nada excesivo, dice San Bernardo, porque cuando se trata de la eternidad, jamás se toman bastantes precauciones (1).

Así pues cuando el Señor nos envía alguna cruz con la enfermedad, con la pobreza, o con otro cualquier mal, pensemos en el infierno que tenemos merecido y todos nuestros sufrimientos nos parecerán suaves y livianos. Digamos entonces con Job: *Pequé y de veras delinquí y no he sido castigado como merecía* (2). ¿Cómo podré yo quejarme cuando me envíes, Señor, algunas tribulaciones, a mí que he merecido el infierno?

¡Oh Jesús mío! no me arrojéis al infierno, porque en el infierno sería arrastrado a no amaros y a aborreceros eternamente.

(1) Nulla nimia securitas, ubi periclitatur aeternitas.

(2) Job. 33, 27.

Privadme, Señor, de todo, de los bienes, de la salud, de la vida, pero no me privéis de vuestro amor. Disponed que os ame siempre, que prorrumpa siempre en vuestras alabanzas y haced de mí lo que cumpla a vuestra voluntad. Virgen María, madre de Dios, interceded por mí.

CONSIDERACION XXV

Las almas que aman a Dios suspiran por verle en el Cielo

Mientras dura esta vida, vivimos ausentes del Señor (1). Las almas que no aman más que a Dios sobre la tierra suspiran por el día en que les será permitido reunirse a El en la patria feliz que les espera.

Saben que están siempre en presencia de su Amado, pero que éste se halla oculto a sus ojos como detrás de una cortina. Está como el sol cubierto de nubes, a través de las cuales atraviesan de vez en cuando algunos rayos de su luz. Pero no se manifiesta patentemente: con todo, viven felices, porque obedecen gustosas a su Señor, que las mantiene en el destierro. Suspiran de continuo, llevadas del deseo de verle cara a cara, para aumentar todavía el fuego de su amor divino y arder por El con más vehemencia.

Se quejan dulcemente al señor y le dirigen estas palabras: "Único amor de mi corazón, ya que me amas tanto, ¿por qué evitas mi presencia? ¿por qué me privas de la gloria de verte? Se que eres la belleza infinita: yo te amo sobre todo lo creado y eso que no te he visto aún. Muéstrame tu

(1) 3. Cor. 5, 6.

hermosa faz: deseo verte sin velo, para no cuidar más de mí, ni de cuantos seres hay en el universo, para no amarte más que a ti, único bien, por quien late mi pecho''. Cuando algún destello de divina luz llega a alumbrar a estas fervorosas almas embriagadas de amor por su celestial esposo, quisieran derretirse y deshacerse hasta inundar aquella luz en copiosos raudales de amor y de gratitud. Su hermoso sol, a pesar de esto, permanece oculto aún por densos celajes, su frente radiante sigue cubierta por la oscuridad del espeso velo, ellas mismas sienten todavía sobre sus ojos el importuno peso de la venda fatal que les impide contemplarle cara a cara. ¡Cuál será su alegría cuando se disipen las nubes, cuando caiga el velo, cuando se aparte de sus ojos la venda, cuando la hermosa frente de su esposo se manifieste en todo su esplendor y puedan contemplar con la celeste luz su belleza, su bondad, su grandeza y su inmenso amor!

Oh muerte, ¿por qué te acercas con tanta lentitud? Si no apresuras tu golpe, todavía tendré que desfallecer por más tiempo, lejos de la presencia de Dios! Tú eres la que ha de abrirme las puertas de su alcázar, tú la que debes introducirme hasta los santos tabernáculos de mi patria eterna. ¡Oh prometido esposo de mi alma, Jesús mío, mi tesoro, mi todo, cuándo llegará el feliz momento de abandonar para siempre la tierra y unir-

me a vos! No merezco tanta ventura, pero el amor que por mí habéis tenido y vuestra bondad infinita me hacen confiar en que seré inscripto algún día bajo las banderas de ese bienaventurado ejército de almas escogidas, que os han sabido amar en la tierra, y que os amarán por una eternidad en el cielo. ¡Oh Jesús mío! ya veis mi estado: quedar unido a Vos para siempre, o ser para siempre separado de Vos. Tened piedad de mí, vuestra preciosa sangre es toda mi esperanza. Madre mía, divina Virgen María, mi apoyo consiste en vuestra intercesión.

CONSIDERACION XXVI

Jesús es el buen pastor

Jesús mismo ha dicho: *Yo soy el buen pastor* (1). El deber de un buen pastor es conducir sus rebaños a los mejores pastos y guardarlos del lobo. Pero, ¿qué pastor, oh dulce Redentor mío, ha pensado en derramar su sangre y en hacer el sacrificio de su vida para salvar sus ovejas? Vos lo habéis hecho, Señor, para librarnos de los castigos que habíamos merecido.

Para curarnos de nuestros males, cargó este buen pastor con todas nuestras deudas, y las satisfizo muriendo de dolor en una cruz. (2).

Este exceso de amor por nosotros que somos sus ovejas, hacía arder al mártir San Ignacio en el deseo de dar su vida por Jesucristo. *Mi amor ha sido crucificado*, dice en su carta. *¡Y qué!* exclama el santo, *mi Dios ha querido morir en una cruz por mi amor ¿y no desearé morir yo por El?* Realmente, ¿qué han hecho los mártires prodigando su vida por Jesucristo, si Jesucristo ha muerto por su amor? La sola idea de la muerte de

(1) Joan 10, 11.

(2) *Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum, ut peccatis mortui, justitiæ vivamus; cujus livore sanati estis. Petr. 2, 24.*

Jesucristo dulcificaría sus sufrimientos, embotaría los hierros penetrantes, disminuiría el horror de los tormentos, apagaría las tenazas candentes, volvería en soportable ilusión los más agudos martirios.

Pero este buen pastor no se contentó con dar su vida por sus ovejas: después de su muerte quiso dejarles su cuerpo ya inmolado en la cruz, para que les sirviese de alimento y fuese el maná de sus almas. El ardiente amor que nos profesaba, dice San Juan Crisóstomo, le condujo a confundirse con nosotros: *se mezcló a sí mismo con nosotros para que seamos uno... pues esto es propio de los que aman con ardor!*

Cuando este buen pastor ve que se le ha extraviado alguna oveja, ¿qué no hace? ¿Qué medios no emplea para encontrarla? no se cansa de buscarla hasta que la encuentra (1). Si lo consigue al fin, la carga gozoso sobre sus espaldas y (2) llamando a sus amigos y vecinos, es decir, a los ángeles y a los santos, les invita a que le feliciten por el hallazgo de su oveja extraviada (3).

(1) Et si perdiderit unam ex illis... vadit ad illam quæ perierat donec inveniat eam. *Luc.* 15, 4.

(2) Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens. *Ib.* 5.

(3) Et veniens domum, convocat amicos et vicinos dicens illis: congratulamini mihi quia inveni ovem meam quæ perierat. *Ib.* 5.

¿Quién negará su amor el más intenso a este buen pastor, que tan indulgente se muestra para con los pecadores que le han vuelto la espalda y que se han extraviado y perdido voluntariamente? ¡Oh mi amado Salvador! ved a vuestros pies una de estas ovejas perdidas. Me he apartado de vos siendo así que vos no me habéis abandonado. Ningún medio habéis omitido para llamarme a vos. ¿Qué habría sido de mí, Señor, si vos mismo no me hubiéseis buscado? ¡Infeliz de mí! ¡Cuánto tiempo he permanecido lejos de vos! Confío por vuestra misericordia que viviré en vuestra gracia; y así como hasta ahora no pensaba más que en huir de vos, ya no deseo más que amaros y vivir y morir a vuestros pies. Mientras permaneceré sobre la tierra, siempre estaré en peligro de perderos. Unidme a vos con los lazos de vuestro amor, y hasta el día de mi muerte no ceséis de buscarme.

Virgen María, protectora de los pecadores, alcanzadme la santa perseverancia.

CONSIDERACION XXVII

Sobre la salvación eterna

Nuestra eterna salvación, no sólo es el asunto más importante, sino el único que debe ocuparnos, porque si lo descuidamos, lo perdemos todo. Un pensamiento sobre la eternidad bien meditado puede bastar para hacer un santo. El P. Vicente Caraffa, gran siervo de Dios, decía que si todos los hombres pensaran seriamente en la eternidad de la vida futura, la tierra quedaría hecha un desierto porque nadie se ocuparía de los negocios de la vida presente.

¡Oh! si tuviésemos constantemente en la mente la grande máxima de Jesucristo: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* (1). ¡A cuántos hombres no ha llevado esta máxima a renunciar al mundo; a cuántas ilustres vírgenes, muchas de ellas de regia estirpe a encerrarse en los claustros, a cuántos anacoretas a vivir en los yermos y a cuántos mártires a sacrificar su vida por la fe! Todos pensaron que si perdían sus almas, las cosas del mundo no les servirían de la menor ayuda en la eternidad.

El Apóstol escribía a sus discípulos: *os rogamos, hermanos... que atendáis vuestro*

(1) *Matth.* 16, 26.

negocio (1). Pero, ¿de qué negocio hablaba San Pablo? Hablaba de aquel que es de tanta importancia, que si no lo acertamos, perdemos las delicias del paraíso y caemos para siempre en un abismo de eternos sufrimientos. *Se trata de la pérdida del reino celestial y de los suplicios que han de durar tanto como nosotros*, dice San Juan Crisóstomo.

San Felipe Neri tenía razón de llamar insensato a los que no pensaban en esta vida más que en atesorar riquezas y amontonar honores, sin dedicarse a la salvación de sus almas. El venerable Juan de Avila decía que tales hombres merecerían vivir encerrados en una jaula de locos. ¿Creéis, en efecto, que hay una eternidad de gozos para el que ama a Dios y una eternidad de penas para los que le ofenden y le ofendéis?

La pérdida de los efectos, de la salud, de los parientes y hasta de la vida, puede repararse en este mundo, con una buena muerte y con la adquisición de la vida eterna, como han hecho los mártires: pero ¿con qué bienes, con qué tesoros, por inmensos que sean, se puede redimir el alma? (2).

El que muere, sin gracia de Dios y pier-

(1) *Thess.* 4, 10 et 11.

(2) *Quam dabit homo commutationem pro anima sua? Matth.* 16, 26.

de su alma, pierde con ella toda esperanza de poner remedio a su daño (1). ¡Oh Jesús mío! Aún cuando el dogma de la vida eterna no fuese más que una hipótesis de los teólogos, deberíamos, con todo poner todo nuestro afán en conseguir la eterna felicidad, no es una hipótesis, es una verdad positiva, incontestable, una verdad de fe, y una u otra de las dos eternidades nos ha de caber.

Pero, ¡oh increíble fenómeno! la mayor parte de los que viven en la fe y meditan esta grande verdad dicen: *Es cierto, debemos pensar en salvarnos*; pero apenas hay uno que se ocupe seriamente de este negocio. Para ganar un pleito, para obtener un empleo, se emplean mil medios y no se perdonan penas ni gastos: y no se pone el menor empeño para asegurar el negocio de la salvación eterna. *El mayor de los errores, dice San Euquerio, es descuidar el negocio de la eterna salud.* En efecto, error más grande que ningún otro error, porque si verдемos el alma, cometemos un error que no tiene reparación.

¡Oh Redentor mío, vos habéis derramado vuestra sangre para redimir mi alma y yo la he perdido tantas veces por mis pecados! Os doy gracias por haberme concedido tiempo para recobrarla, recobrando al mis-

(1) *Mortuo homine impio, nulla erit ultra spes. Prov. 11, 7.*

mo tiempo vuestra gracia. ¡Oh Dios mío: ¡por qué no he muerto antes de ofenderos! Me consuela la idea de que vos no rechazáis los corazones que se humillan y se arrepienten de sus pecados. Virgen María refugio de pecadores, salvad a un pecador que se recomienda a vos y en vos confía.

CONSIDERACION XXVIII

Cual será el gozo de los elegidos

Entra en el gozo de tu Señor (1). Cuando el alma entrará en su patria celeste, verá al descubierto y sin velo la belleza infinita de Dios y esta será su felicidad.

Todo cuanto verá en Dios la colmará de gozo: tal será la justicia de sus sentencias, la armonía de sus disposiciones para con cada uno de los bienaventurados y el todo ordenado para mayor gloria del Señor y bien de la criatura.

Entonces comprenderá íntimamente el inmenso amor que Dios le ha profesado haciéndose hombre y sacrificando su vida por su amor; sentirá cuál fué el exceso de amor que levantó en el Calvario el madero de la cruz sobre el que todo un Dios hecho siervo subió a morir, saciado de insultos y de hiel; comprenderá el gran misterio de la Eucaristía, por el cual todo un Dios se entrega en alimento espiritual de sus criaturas, bajo la especie del pan.

Contemplará de una en una todas las gracias y beneficios que el Señor ha derramado sobre ella y de los cuales no había tenido el menor conocimiento hasta entonces; verá cuán misericordioso ha sido Dios esperando su arrepentimiento y perdonando sus cul-

(1) *Matth.* 25, 23.

pas; penetrará las frecuentes invitaciones que el Señor le ha hecho, las luces y los socorros que le ha hecho, las luces y los socorros que le ha prodigado; hallará que sus tribulaciones, enfermedades, y pérdida de bienes y parientes, que miraba como castigos no eran más que pruebas, por las cuales quería Dios que pasase para hacerla digna de los gozos del paraíso.

Todos estos objetos le harán conocer la bondad infinita de Dios, y el amor infinito con que por consiguiente merece ser amado: de modo que apenas habrá entrado en el cielo, cuando no tendrá otro deseo que contemplar al Señor feliz y satisfecho y comprendiendo entonces que la felicidad de Dios es infinita y eterna, experimentará un gozo infinito, tan lleno y perfecto como lo experimentarán los demás bienaventurados. De este modo es como se cumplirá el sentido de aquellas palabras: *Entra en el gozo de tu Señor*. Los elegidos no son tan felices por la bienaventuranza que les cabe, cuanto por lo que gozan al Señor, porque aman a Dios mil veces más que a sí mismos y el gozo de Dios les es más sensible que el suyo propio. El amor que le profesan les hará olvidarse de sí mismos y su único deseo será agradar a su amado.

Aquellos éxtasis, aquellos eternos y celestiales transportes son, a manera de una santa embriaguez que borra de la memoria de los

elegidos la idea de su propia existencia para no pensar más que en alabar y amar al único objeto de su amor, esto es, a su Dios y Señor. Dichosos desde el primer instante en que entran en el cielo se encuentran desde entonces como inundados de amor en el océano inmenso de la bondad divina. Los elegidos perderán la sensación de todo deseo, excepto la de ser amados de Dios sin fin y la de amarle para siempre. La certeza de amarle siempre y de ser amados siempre de Dios hará su verdadera felicidad, la cual será tan pura e inmensa, que jamás se sentirán excitados por el aguijón del deseo: gozar de la alegría de Dios, esta será la bienaventuranza de los elegidos por esto el que en esta vida, sabe complacerse en la eterna beatitud de Dios, puede decirse que participando ya de la felicidad de Dios, empieza a gozar del paraíso.

¡Oh mi dulce Salvador, amor de mi alma! Mi existencia se arrastra todavía penosamente en este valle de miserias, rodeado de enemigos que intentan separarme de vos. ¡Amado dueño mío! haced que no llegue a perderos, que os ame siempre así en esta como en la otra vida, y concedido esto, disponed de mí a vuestro agrado. Reina del paraíso, Virgen María, si intercedéis por mí, estoy cierto de ir un día a acompañaros y alabaros en el cielo.

CONSIDERACION XXIX

**El sentimiento de haber perdido a Dios
constituye el infierno**

Proporcionado a la enormidad del crimen debe ser el rigor de la sentencia. Los teólogos definen el pecado por estas dos palabras: *Aversio a Deo: aversión, apartamiento de Dios*. Una traición hecha a Dios es un pecado mortal. Consiste éste en despreciar la divina gracia, y por culpa propia, perder a Dios que es el supremo bien. Esta, es pues, la pena más cruel y justa que sufren los condenados.

Las demás penas del infierno no son por esto menos terribles: el fuego devorador, las lúgubres tinieblas, los alaridos penetrantes, el hedor insoportable y capaz de ocasionar la muerte si pudiese morirse en el infierno, la comprensión en que se hallarán los condenados en sus horribles encierros hasta el punto de perder en ellos la respiración, serán de un padecimiento incomprensible: con todo, nada será con respecto a la pérdida de Dios.

Los lamentos de los condenados son eternos y el objeto más amargo de su llanto es la idea desoladora de haber perdido al Señor. En esta vida, las pasiones, los negocios temporales, el placer de los sentidos, los reveses,

las vicisitudes de la fortuna nos impiden considerar la bondad infinita de Dios, la suprema belleza del Señor. Así que el alma sale de su prisión corporal, no ve desde luego a Dios, tal cual es, porque si lo viese sería lo mismo de repente bienaventurada. Sabe solamente que Dios es un bien infinito, que es infinitamente bello, y que es digno de un amor infinito. El alma que no ha sido creada sino para verle y amarle, quisiera volar sin tardanza a unirse a su Esposo, pero si está en pecado mortal, encuentra una muralla impenetrable, levantada entre Dios y ella, la cual destruyen para siempre toda posibilidad de llegar hasta Dios. Señor, os doy gracias de que el camino que conduce a vuestro descanso no me ha sido todavía cerrado; todavía puedo confiar en que me será concedido unirme a vos para siempre. No me arrojáis de vuestra presencia (1).

El alma que ha sido creada para amar a su Creador se siente irresistiblemente impulsada por su propia naturaleza, a amar a su último fin que es Dios; en esta vida las tinieblas del pecado y las pasiones sensuales suspenden esta fuerza desconocida de atracción hacia Dios: esto hace que el alma se sienta poco afligida por hallarse apartada de Dios; pero cuando ha salido de este

(1) Ne projicias me a facie tua.

mundo y se ve libre de las ataduras que la tenían aprisionada en el cuerpo, conoce que Dios solo puede hacerla feliz. De modo que así que se ve libre de su carrera mortal, se lanza rápida hacia los cielos a abrazar a su Señor: entonces empero también, si va manchada por el pecado, es apartada de Dios como enemiga. Pero aunque despreciada, no cesará de sentirse arrastrada hacia Dios y su infierno será sostener por una eternidad una lucha violenta de ser siempre atraída hacia Dios y de ser rechazada de su presencia. Por lo menos, si esta alma desdichada que ha perdido a Dios y no puede ya gozar de su presencia pudiese consolarse amándole, pero no: porque abandonada de la gracia y esclava del pecado, ha pervertido su voluntad, de modo que por un lado se verá inclinada a amar a Dios y por otro a aborrecerlo, y en el mismo instante en que conoce que Dios es digno de un amor infinito, le aborrece y le maldice.

¡Si por lo menos pudiese en aquel lugar de tormentos resignarse a la divina voluntad, como las almas del purgatorio y bendecir la mano del Dios que la castiga justamente! Pero no: no puede resignarse porque, falta de gracia, no puede unir su voluntad maldita a la santa voluntad de Dios.

Esto hace que vuelva toda su rabia contra sí misma, y despedazada sin cesar por opuestos sentimientos, quisiera vivir y mo-

rir: quisiera vivir para detestar a Dios para siempre, porque Dios es el objeto de su odio; y quisiera morir para poner fin al hondo pesar que experimenta, mal de su grado, por haberle perdido; ¡pero se ve obligada a vivir! ha de vivir para siempre en una continua agonía y en continua tortura. Roguemos al Señor por los méritos de Jesucristo, nos preserve del infierno: roguémosle, sobre todo, si sentimos nuestra conciencia agravada con el peso de algún pecado mortal.

Digámosle: salvadme, Señor, atadme cada vez más estrechamente con los vínculos de vuestro santo amor: redoblad alrededor de mi alma estas santas y dulces cadenas de salud para que no vuelva a separarme de vos. ¡Desdichado de mí! he despreciado vuestra gracia, he merecido ser apartado de vos. Os doy gracias por haberme aguardado mientras he vivido en vuestra desgracia. ¿Qué habría sido de mí si hubiese muerto entonces? Pero ya que habéis prolongado mis días, disponed que no abuse de ellos para desagradaros y que ya no emplee mi vida en otra cosa sino en amaros y llorar los pesares que os he causado. ¡Jesús mío! en adelante vos sólo seréis el único objeto de mi amor, y no tendré otro temor que el de ofenderos y el de separarme de vos. Pero nada puedo yo sin vuestro auxilio; confío, por vuestra sangre, que me concederéis fuerza para unirme eter-

namente a vos, ¡oh Redentor mío, mi todo! *Deus meus, et omnia*. Virgen María, refugio de pecadores, socorred a un desgraciado que se recomienda a vos y confía en vos.

Entreguémonos enteramente a Dios, para asegurarnos de que jamás lo perderemos. Los que no se entregan enteramente a Dios, están siempre en peligro de alejarse de El y perderle, pero un alma que renuncia definitivamente al mundo y se entrega toda a Dios, no le vuelve a perder, porque el mismo Dios, no permitirá que el alma que se le ha entregado toda entera le pierda ni se separe de El. Un gran siervo de Dios decía también, que cuando llega a nuestra noticia la caída de alguno de aquellos de quienes teníamos conocimiento de que se habían resuelto a hacer una vida ejemplar debemos deducir que los tales no supieron resolverse desde un principio a entregarse enteramente a Dios.

CONSIDERACION XXX

Desprecio de las cosas del mundo

El desprecio de los bienes pasajeros y de los vanos placeres del mundo ha conducido a muchas almas a consagrarse enteramente al servicio de Dios. Porque ¿de qué nos servirá haber ganado el mundo entero, si perdemos después el alma? (1). Esta sentencia del Evangelio ha obligado a muchos jóvenes a abandonar su patria, sus padres, sus riquezas, su porvenir y hasta la diadema para correr a encerrarse en la oscuridad de un claustro, o en un desierto, para no pensar más que en Dios. El día de la muerte es llamado día de perdición (2). Es un día de perdición porque cuando salimos de este mundo abandonamos todos los bienes que habíamos adquirido sobre la tierra. San Ambrosio dice con razón, que no podemos titular *propiedad* a todos estos bienes porque no podemos llevárnoslos al otro mundo, donde deberemos habitar eternamente. *No es nuestro, dice el Santo, lo que no podemos llevar con nosotros; la sola virtud es la que nos acompaña.*

(1) Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat? *Matth.* 16, 26.

(2) Juxta est dies perditionis. *Deut.* 32, 53.

Esto será lo único que nos consolará en la eternidad.

Las fortunas de este mundo, las dignidades, los tesoros, las alhajas, los títulos, los honores, vistos desde el lecho de la muerte pierden todo su oropel: la hedionda sombra de la muerte oscurece hasta los mismos centros y coronas y nos pone de manifiesto que todo lo que tenemos en grande estima en este mundo, no es más que barro, vanidad, humo y miseria. ¿De qué le sirven a un moribundo todas las dignidades de que se ha visto revestido, los tesoros que ha de tener por habitación más que una estrecha caja, donde se convertirá en podredumbre? ¿De qué le servirá la belleza de su rostro y la gallardía de su cuerpo, si dentro de poco no quedará de él más que un puñado de polvo y unos huesos descarnados?

¿Qué es la vida del hombre sobre la tierra? Escuchemos la definición que de ella da el Apóstol Santiago: *Es un vapor, aparece por un poco y luego desaparece* (1). Este personaje, hoy poderoso, respetado temido y lisonjeado, será mañana mismo despreciado, calumniado, maldecido. Buscadlo en su deliciosa quinta, en su marmóreo palacio; ya no está. *Vi al impío ensalzado...*

(1) Jac. 4, 5.

pasé y ya no existía (1). ¿Dónde está pues? ¿Dónde? en el fondo de un sepulcro convertido en polvo.

El Espíritu Santo nos amonesta que no nos dejemos engañar por el mundo, porque el mundo pesa los bienes con falsa balanza (2). Pero no: nosotros debemos pesar las cosas con la balanza infalible de la fe, que nos da a conocer los verdaderos bienes, porque los que tienen fin no son verdaderos bienes. Santa Teresa decía: *No debemos poner nuestra atención en las cosas que acababan con nuestra vida.* ¡Oh Dios! ¿dónde están tantos ministros de estado, tantos generales de ejércitos, tantos príncipes, tantos emperadores romanos, ahora que la escena se ha concluído para ellos y han pasado a la eternidad? *Pereció su memoria a manera de un sonido.* Han hecho un importante papel en la escena del mundo, sus nombres han resonado por todo el universo, pero después de muertos, su importancia se ha desvanecido, su nombre se hundió en el olvido.

Pasa la figura de este mundo (3). Nuestra vida, en fin, no es más que una escena que pronto acaba. Termina para los ricos y los pobres, para los reyes y los vasallos. Dicho-

(1) *Ps.* 36, 35 et 39.

(2) *Statera dolosa in manu ejus. Os.* 12; 7.

(3) *Cor.* 7, 31.

so el que ha representado bien su papel. Felipe III, rey de España, murió joven, a la edad de 42 años, y antes de espirar, dijo a los que le rodeaban. "Cuando habré muerto, contad el espectáculo que tenéis ante vuestros ojos: decid que haber reinado durante la vida, no sirve en la hora de la muerte, sino para aumentar los remordimientos de haber reinado". Y añadió con un suspiro: *¡Oh, por qué no he pasado mis días en un desierto para santificarme! ¡Con cuánta mayor confianza no me presentaría hoy delante del tribunal de Jesucristo!*

Todo el mundo sabe que San Francisco de Borja renunció al mundo, por haber visto el cadáver de la emperatriz Isabel, que había sido muy hermosa y que, muerta, causaba horror. El santo exclamó entonces: *¡Así acaban los bienes de este mundo!* y se consagró al servicio de Dios. *¡Oh, por qué no le imitamos todos antes de morir!* Apresurémonos porque la muerte corre a rienda suelta y no sabemos el día que nos alcanzará. No obremos de modo que de la luz que el Señor nos concede ahora, no nos queden más que los remordimientos y la cuenta que habremos de dar al Señor cuando tengamos en la mano la vela de los moribundos. Decidámonos a hacer desde este momento lo que deseábamos haber hecho cuan-

do llegará la muerte, lo cual no tendremos entonces lugar de hacer.

Me habéis sufrido hasta ahora, Señor, no quiero ya esperar más para darme a vos. Me habéis llamado varias veces a que renunciase al mundo y me consagrarse enteramente a vos: me llamáis de nuevo, aquí me tenéis, Señor, recibidme en vuestros brazos, pues me abandono a vuestra misericordia. Cordero sin mancha sacrificado por mí en el Calvario, lavad mis pecados con vuestra sangre: perdonad las injurias que os he hecho, abrasad mi pecho en vuestro santo amor: os amo más que a todas las cosas. Os amo de todo corazón, ¡y qué otro objeto del mundo podría hallar más digno que vos de mi amor! Virgen María, madre de Dios, rogadle por mí y obtenedme la gracia de poder mudar de conducta; he puesto toda mi confianza en vos.

CONSIDERACION XXXI

Amor a la soledad

A Dios no se le puede hallar en el tumulto del mundo: por eso los santos se refugiaban en los desiertos más horrorosos, en las grutas más sombrías para huir de los hombres y poder conversar a solas con Dios. San Hilario anduvo errante mucho tiempo, de desierto en desierto, hasta que encontró uno en el que no había penetrado jamás pie humano, muriendo al fin en la isla de Chipre, donde había vivido los últimos cinco años de su vida, sepultado en una soledad espantosa. Cuando San Bruno fué invitado por el Señor a retirarse del mundo, fué con sus compañeros a encontrar a San Hugo, obispo de Grenoble para que le señalase algún desierto de su diócesis. El santo obispo le indicó la Cartuja, lugar agreste, más propio para servir de asilo a las fieras que de habitación a los hombres. San Bruno y sus compañeros, visitaron el lugar y se establecieron en pequeñas cabañas levantadas a corta distancia unas de otras.

El Señor dijo un día a santa Teresa: *Yo hablaría de muy buen grado a muchas almas; pero tanto les llama la atención el ruido del mundo que no oirían mi voz.*

Dios no nos habla en medio de ruidos y negocios del mundo porque teme que no le hemos de oír. Las palabras de Dios, son: las inspiraciones santas, las luces, las invitaciones por las cuales ilumina a los santos abrasándolos de amor divino; pero los que no aman la soledad se verán privados de las palabras de Dios para siempre.

El se expresa así: *Llevaré el alma al desierto y le hablaré al corazón* (1). Cuando Dios quiere elevar un alma a un alto grado de perfección, le inspira el deseo de retirarse a un lugar solitario lejos del trato de los hombres: allí es donde le habla, no a los oídos corporales, sino a los del alma. Así la ilumina y la inflama en su divino amor.

San Bernardo decía, que habría aprendido a amar a Dios mejor en los bosques, a la sombra de las encinas y de las hayas, que en los libros y en las escuelas. San Jerónimo dejó las delicias de Roma para encerrarse en la gruta de Belén. Allí exclama: *¡Oh soledad, donde habla Dios familiarmente con los suyos!* En la soledad habla el Señor claramente a las almas que ama. Les deja oír sus palabras que inflaman sus corazones de amor, como dice la santa esposa: *Mi alma se derritió luego que le habló* (2).

Sabemos por experiencia que frecuentar el

(1) Os. 2, 14.

(2) Cant. 5, 6.

mundo y ocuparse en adquirir bienes temporales nos hace olvidar a Dios; pero en el instante de la muerte, de todas las penas y de todo el tiempo que nos habrán costado los bienes de la tierra no nos quedará más que remordimientos y pesares. No nos quedará entonces de provechoso más que lo que habremos hecho y sufrido por el Señor. ¿Por qué, pues, no nos desprendemos del mundo, antes que la muerte venga a desprendernos de él?

Se sentará solitario y callará, dice el profeta, *porque lo llevó sobre sí* (1). El solitario no se siente ya agitado por los cuidados de la vida: *se sienta* en reposo y guarda silencio; no pide placeres sensuales, porque elevado sobre todo lo creado, encontrará en el Señor su gozo y su contento.

¿*Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?* (2). David deseaba tener las alas de la paloma para abandonar la tierra, para ni siquiera tocarla con los pies y dar así descanso a su alma. Pero mientras estamos en esta vida no nos es permitido abandonar la tierra. Procuremos, pues, amar el retiro y vayamos allá a conversar con Dios, a fin de alcanzar las fuerzas necesarias para corregir nuestros defectos. Así lo hacía Da-

(1) *Jer. Thr.* 3, 18.

(2) *Ps.* 54, 7.

vid en medio de los cuidados de su reinado.
Me alejé y fijé mi demora en la soledad (1).

¡Por qué no he pensado siempre en vos, oh Dios de mi alma! por qué no he pespreciado todos los bienes terrenos! Maldigo el día en que afanado por las satisfacciones mundanas, he ofendido a vuestra divina bondad. ¡Por qué no os he amado siempre! ¡Oh! ¡por qué no he muerto, antes de ofenderos! ¡desdichado! la hora de mi muerte no está lejos, y pronto tendré que desprenderme del mundo! Propongo no amaros sino a vos y entregarme enteramente a vos. Vos sois todopoderoso, prestadme fuerzas para seros fiel. Madre de Dios, rogad por mí.

(1) *Ps. 64, 8.*

CONSIDERACION XXXII

Soledad de corazón

San Gregorio dice: *¿Qué aprovecha la soledad del cuerpo si falta la del corazón?* En el párrafo anterior hemos visto cuánto ayuda la soledad al recogimiento del alma; pero San Gregorio dice, que de nada sirve que el cuerpo esté en la soledad, si el corazón queda lleno de pensamientos y deseos mundanos. Para que un alma sea enteramente de Dios son necesarias dos cosas: una perfecta indiferencia por las cosas criadas y un amor exclusivamente dedicado a Dios. Esta es la verdadera soledad del corazón.

Es necesario, pues, ante todo, desprender nuestro corazón de todos los objetos terrenos. San Francisco de Sales decía: *Si supiera que hubiese en mi corazón una sola fibra que no fuese de Dios, querría arrancármela al momento.* Si el corazón no se depura de todo recuerdo mundano, el amor divino no puede penetrar en él y poseerle enteramente. Dios quiere reinar en nuestros corazones, por su amor, y quiere reinar solo: no consiente competidor que le usurpe la más ligera porción de ese amor que ha comprado a tan alto precio.

Algunos se quejan de que en sus ejercicios espirituales, en sus oraciones, en sus

comuniones, en sus lecturas piadosas, en sus visitas al Smo. Sacramento, no encuentran a Dios y no saben cómo hacer para hallarlo; pero Santa Teresa les indica el medio más eficaz: *Apartad*, les dice la Santa, *vuestros corazones de todo lo criado: buscad después a Dios y le encontraréis.*

Otros para separarse de los hombres y ponerse en comunicación con Dios, no pueden vivir en los desiertos como quisieran, pero éstos deben saber que para gozar de la soledad del corazón, no son necesarios desiertos ni grutas; los que por su estado se ven forzados a vivir con los hombres, con tal que tengan libre el corazón pueden conservar la soledad del alma y su unión con Dios, aun en medio del tumulto de las populosas ciudades. Cualesquiera que sean las atenciones que exija la posición en que Dios nos ha colocado, éstas no interrumpirán la soledad del corazón. Santa Catalina de Sena encontraba a Dios hasta en los cuidados de sus quehaceres domésticos de que la habían encargado sus padres para desviarla de sus ejercicios de piedad; porque en todos aquellos trabajos se retiraba en su corazón, al que llamaba su celda y no cesaba de conversar a solas, con el Señor.

Dejadlo todo que yo soy vuestro Dios (1). Para conseguir la luz celestial que necesi-

(1) Ps. I 5, 11.

tamos para comprender cuál sea la bondad de Dios, es preciso dejarlo todo, esto es: desprenderse de los lazos del amor terreno que no nos permiten elevarnos hasta Dios. A la manera que un vaso de cristal lleno de arena no puede recibir la claridad del sol, del mismo modo un corazón henchido de amor a las riquezas, a los honores y a los placeres de los sentidos, no puede recibir la luz del cielo y como no conoce a Dios tampoco le ama. En cualquier condición en que nos haya colocado Dios, para que las criaturas no nos distraigan de amarles, es menester que mientras llenamos los deberes que nos impone nuestro estado, vivamos como si no existiesen en el mundo más que Dios y nosotros.

Debemos, pues, desprendernos de todo y principalmente de nosotros mismos, reprimiendo sin cesar los movimientos de nuestro amor propio. Nos agrada, por ejemplo, un objeto cualquiera; pues debemos despreciarle por lo mismo que nos agrada. ¿Alguno nos ha ofendido? pues debemos servirle y ayudarle, por lo mismo que nos ha hecho daño. En fin, en nuestros deseos debemos arreglarnos a lo que puede Dios desear de nosotros, y no tener preferencia, sino por las cosas que conocemos que Dios ha de preferir.

Dios sale al encuentro de los que se desprenden de las criaturas por buscarlo: *Bue-*

no es el Señor con los que esperan en él (1). San Francisco de Sales decía: *El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios para convertirlo todo en sí mismo.* Nuestra alma, pues, debe ser un jardín cercado, según la expresión de la divina Esposa: *Eres, huerto cerrado, hermana mía.* (2). Llama huerto cerrado al alma que cierra la entrada a las afecciones mundanas. Dios, que nos ha dado cuanto poseemos, con razón exige de nosotros todo nuestro amor. Cuando, pues, una criatura quiere apropiarse de una parte de nuestro amor, debemos cerrarle la entrada de nuestra alma, y volviéndonos hacia Dios decirle con todo nuestro afecto: *¿Qué puedo yo apetecer en el cielo, o qué amar sobre la tierra...? Dios de mi corazón y mi porción, Dios para siempre* (3). ¡Dios mío! ¿qué cosa que no fueseis vos, bastaría para llenar los deseos de mi alma? No, ni en el cielo, ni en la tierra, puedo pedir más que a vos, vos solo bastáis a mi corazón: *Dios de mi corazón y mi porción, Dios para siempre.*

Dichoso el que puede decir: *por el amor de mi Señor Jesucristo desprecié el reino del mundo y toda la pompa del siglo.* La gran sierva de Dios, Sor Margarita de la Cruz,

(1) *Je Thr.* 25, 3.

(2) *Cant.* 4, 12.

(3) *Ps.* 72, 24 et 25.

hija del emperador Maximiliano II, podía decir tan edificantes palabras, cuando el día de su profesión se despojó de sus ricos adornos y joyas para vestir el burdo hábito de lana de las religiosas de santa Clara. El autor de su vida dice que manifestaba por ellos tal desprecio que hizo derramar lágrimas de piedad cristiana a cuantos presenciaron la ceremonia.

Jesús mío, no quiero que las criaturas tengan parte en mi amor, vos sois su verdadero dueño y el que debe poseerlo enteramente: vaya quien quiera tras los placeres y honores de la tierra, vos seréis mi sola felicidad, mi sola riqueza, mi solo amor, así en éste como en el otro mundo. Y puesto que me amáis como prueban los beneficios que me habéis hecho, ayudadme a renunciar a todo lo que no seáis vos. Haced que mi alma no tenga más solicitud que la de agradaros como el único objeto de su ternura. Tomad entera posesión de mi corazón: no quiero ser ya dueño de mí mismo: reinad en mí, Señor, y hacedme obediente a cuanto disponga vuestra divina voluntad. ¡Madre de Dios! vírgen María, confío en vos: vuestros ruegos me harán alcanzar todo de Dios.

CONSIDERACION XXXIII

**Ver y amar a Dios en la otra vida es
el paraíso de los elegidos**

¿Qué es lo que constituye la bienaventuranza de los elegidos en el cielo? El alma viendo a Dios cara a cara, contemplando su belleza infinita, percibiendo todas sus perfecciones dignas de un inmenso amor, no puede dejar de amarle. Ama a Dios más que a sí misma, se olvida de sí propia para no desear más que la felicidad de su muy amado, de su Dios y viendo que Dios, único objeto de su ternura, goza de una felicidad infinita, esta felicidad es su paraíso. Si ella fuese capaz de lo infinito, viendo a su muy amado gozar de una dicha infinita, su dicha propia vendría a ser también infinita; pero como la criatura no es capaz de infinita felicidad, queda de tal modo saciada de gozo, que nada más desea. Es la beatitud que ambicionaba David cuando exclamaba: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* (1).

Así se verifica lo que Dios dice al alma, cuando la admite en el paraíso: *Entra en el gozo de tu Señor* (2). No manda a la alegría que entre dentro del alma, porque

(1) *Is. Ps.* 6, 15.(2) *Mat.* 25, 21.

siendo esta alegría infinita, el alma no podría contenerla; lo que ordena, es que el alma entre en la alegría eterna, para tomar parte en ella, para alimentarse de ella hasta la saciedad.

Yo, pues, soy de parecer que no hay acto de amor más perfecto en la oración, que gozarse en la alegría infinita del Señor. Esta es la continua preocupación de los bienaventurados en el cielo, de modo que el que a menudo se goza en la alegría del Señor, empieza ya desde ahora, a experimentar parte de las delicias de que se verá colmado en el paraíso.

Este contento que es el que constituye el paraíso, será aumentado por el esplendor de aquella ciudad de Dios, por la hermosura de sus habitantes y sobre todo por la presencia de la reina de los cielos, más bella que el paraíso entero, y por la de Jesucristo, cuya belleza sobrepujará infinitamente la belleza de María.

El júbilo de los elegidos aumentará aún con el recuerdo de los peligros que cada uno habrá corrido de perder tan inmensa bienaventuranza. ¡Cuáles serán las gracias que dirigirán al Señor aquéllos que habiendo merecido el infierno por sus pecados, se encontrarán en aquel lugar de delicias, desde donde contemplarán a sus plantas tantos otros que por pecados menores que los

suyos, arderán en el fuego del infierno. Se encontrarán salvos, seguros de que jamás perderán a Dios, llamados a gozar eternamente de aquellas supremas delicias, de aquellos placeres que no cansarán jamás. Por vehementes y grandes que sean los placeres de la tierra acaban por cansarnos; pero los gozos del paraíso, cuanto más se gustarán, más serán apetecidos, de modo que los elegidos se verán saciados con tantos placeres, sin dejar de desearlos siempre; y cuantos más recibirán, más les quedarán por recibir, deseando siempre y quedando siempre satisfechos.

Los cánticos melodiosos que entonan los santos en el cielo para dar gracias a Dios por su felicidad se llaman *cánticos nuevos* (1), porque las delicias del cielo parecerán siempre tan nuevas, como la primera vez. Se gozarán siempre, se pedirán sin cesar y se obtendrán sin interrupción.

Con razón decía San Agustín que para conseguir tan eterna beatitud, sería necesario que trabajásemos eternamente. ¿Qué son, pues las penitencias y las oraciones de los anacoretas? ¿Qué han hecho los Santos con abandonar las riquezas, las posesiones y hasta las coronas y los cetros: y los mártires en arrostrar los potros, los hierros ar-

(1) Cantate Domino canticum novum. *Ps.* 10, 1.